Honorables 50 años de matrimonio

Briam Segura

Capítulo 1

Señor Wilter y señora Mercedes; padres amados, antes de ofrecerles las palabras y elogios que nacen del corazón de una hija, me gustaría formular una pregunta y espero que ambos la respondan con toda sinceridad, para sí mismos, y que la respuesta resuene en su alma sin que ninguno de los presentes acudamos al derecho de la curiosidad, es decir, que la guarden en su corazón porque es algo en lo que todo ser humano debe trabajar para su propio bien. ¿**Qué es el amor?** No se me ocurrió otra pregunta más oportuna para una pareja que lleva cincuenta años unida por un lazo que pocos afortunados alcanzan a divisar como real.

Para mí, su hija menor, es un honor recibir de ustedes el ejemplo más bello que no has dejado Dios; un amor capaz de sobrevivir a la naturaleza pecaminosa del corazón. Ustedes son héroes, almas pujantes, y aunque de sus vidas solo conozco aproximadamente veinte años de los cuales tengo conciencia, estoy segura que en cada día de su juventud demostraron la honorabilidad de sus apellidos y la garra para amar que la vida les concedió.

Lo que ustedes logran cada día, tomados de la mano sin que siquiera se note ese sutil contacto de su espíritu leal, es una proeza de los cielos. Más que un ejemplo del mandato divino ustedes me dejan un legado para toda la vida, una marca positiva en el pecho tan perpetua como su primer beso, tan poderosa que no habría manera de cambiar lo que soy, porque lo que soy es la obra de su amor puro y determinante.

Estoy supremamente orgullosa de su capacidad de amar y soportar, porque muchas veces es más fatigoso el camino del amor, que el camino de la propia vida. El corazón se cansa y el cuerpo se enfría, y es entonces cuando el alma decide, como lo han decidido ustedes, aferrarse a una piel que se va agrietando con el frío del tiempo. Y esto no le corresponde a todos, porque el amor puede llegar a un punto tan turbulento de su propio gen, que es más fácil huir o apagar esa llama que en vez de calentar, hace daño.

Padres amados, de intereses limpios y recta responsabilidad, admiro la serenidad con la que esperan la ingratitud del tiempo. Admiro la valentía con la que toleran y perdonan los errores de una hija, pero esto es vida, la misma que ustedes han experimentado.

Personas sabias que vivan largos años hay cantidad en este mundo, pero parejas que cumplen su promesa de amarse hasta la muerte por encima de las calamidades y la fuerza del odio banal, solo se encuentran en los rincones olvidados que el mundo no ha corrompido, y son como perlas y esmeraldas que Dios guarda en sus generosas manos. Hoy, en su especial aniversario, soy la hija más feliz de la vida por la posibilidad de

contemplar la obra de arte que para mí es el amor que se tienen el uno por el otro; par de sabios, humanos desinteresados que se han atrevido a ganarse el reino de los cielos aquí en la tierra.

Están aquí, a mi lado, brindándome los secretos de la lealtad y enseñándome que las cosas son eternas cuando la razón lo decide y no cuando los sentimientos lo mandan, porque los sentimientos, como la esencia de la vida, son tan fugaces como los suspiros de un cuerpo cansado y tan quiméricos como el espejismo de los años. Están aquí, demostrándole al mundo cuál es la clase de amor que tiene autoridad sobre la muerte, porque a mi propio juicio, esta imperfección del hombre no es capaz de destruir la perfección de Dios; un amor como el suyo, condenado a la irregularidad por la genética del cuerpo y la vida, pero premiado por la gracia del espíritu; un amor tan imperfectamente perfecto que ni el silencio de la ausencia podrá nunca evaporar, porque en el cielo, o en aquel lugar que nos aguarda a todos después de la vida, continuará su inmortalidad perpetua.

Gracias por su legado, padres de mi alma; por su amor mutuo, y solo espero algún día poder enorgullecer a sus nietos cuando estos tenga la posibilidad de contemplar la gloria de un amor de medio siglo.